

¡Que vergüenza la mujer en el Evangelio de hoy debe haber sentido! Ella fue llevada—de todos los lugares—a el área del templo por lo que parece ser había un grupo de escribas y fariseos y obligada a pararse donde toda la gente podría verla. En la presencia y el oído de toda esta gente le dijeron a Jesús que la habían sorprendido en adulterio. A él le dijeron, «Moisés nos manda en la ley apedrear a estas mujeres. ¿Tú que dices?» Los escribas y fariseos usan una técnica típica de aquellos que elige torcer lo que dicen las Escrituras.

(Tengan cuidado con aquellos que les dan una cita de una frase). Demos tomar a cara a lo que en realidad dice la ley de Moisés en los libros del Antiguo Testamento de Levítico y Deuteronomio: En Deuteronomio, capítulo 22, una serie de leyes que gobiernan al matrimonio en antiguo Israel está escrito: «Si sorprende a un hombre acostado con una mujer casada, morirán los dos, el adúltero y la adúltera. Así harás desaparecer el mal de Israel» (Deuteronomio 22:22).

Si esta mujer fue sorprendida en adulterio, ¿donde está el hombre? Si la preocupación de los escribas y fariseos es una preocupación sobre mantener o hacer cumplir la ley de Moisés, ¿por qué también no llevaron al hombre para ser apedreado?

Este pasaje del Evangelio nos provee de muchas perspicacias. Una de éstas, por supuesto, es que aquellos hombres están distorsionando la misma ley sobre la cual le preguntan a Jesús. Ya que la ley dice que los dos, el hombre y la mujer, que cometen adulterio, tienen que morir, sin duda lo que vemos es que esos hombres, a este punto, no estaban interesados en mantener o hacer cumplir la ley de Moisés; estaban intentando de engañar a Jesús. Si Jesús dice, «Déjenle ir», ellos pueden acusarle de desobedecer la ley de Moisés. Si Jesús dice, «Apedréenle», ellos pueden acusarle de recomendar desobediencia contra la ley Romana puesto que judíos no legalmente pueden condenar a nadie a muerte.

¡Qué distintamente la trata a esta mujer Jesús! No es extraño que esta historia, junta con la historia del hijo pródigo y el buen Samaritano, es una de las historias más queridas en el Evangelio. Todas estas historias enseñan el gran amor, el gran perdón, y la gran misericordia de nuestro Dios para los pecadores. Pero, observen que Jesús ni condena a la mujer ni a sus acusadores.

El escoge la ocasión para enseñarnos dos grandes lecciones: Primero, todos somos pecadores. Segundo, todos nosotros pecadores podemos recibir su misericordia. Cuando los hombres le preguntan a Jesús, «¿Tú que dices?» él no contesta, y cuando ellos insisten, Jesús dice, «Aquel de ustedes que no tenga pecado, que tire la primera piedra». Jesús hace ninguna demostración de poder; no los intimida con la mirada; no los mira con prepotencia o desdén o desprecio. Él no los pone en vergüenza o en ridículo por como han tratado a la mujer. «Se volvió a agachar y siguió escribiendo en el suelo,» y ellos se escabulleron. Luego regresó a la mujer y le dijo, «Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Nadie te ha condenado?» Cuando la mujer contestó, «Nadie, Señor,» Jesús dijo, «Tampoco yo te condeno. Vete y ya no vuelvas a pecar». ¡Que gentil y misericordiosa respuesta!

Homilía del 7 de abril de 2019

Jesús no les sermonea o regaña a estos hombres por su dura y desigual condenación a esta mujer, tampoco avergüenza o humilla a la mujer. Pero tampoco él aprueba el pecado de los hombres ni de la mujer. Él les hace conscientes de que también ellos son pecadores, y él le dice a la mujer, «Vete y ya no vuelvas a pecar».

Hay todavía otra lección—implícito en esta historia y en la historia del hijo pródigo y expuesto explícitamente en la historia del buen samaritano: «Vete y haz tú lo mismo» (San Lucas 10:37).

Y si Dios nos ama tanto y nos perdona, seguramente debemos amarle en cambio. Y seguramente debemos amar y perdonar a otros. Nuestra oración más valorada es la una que Jesús nos enseñó—el Padre Nuestro. ¿Nos escuchamos cuando oramos: «. . . perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden»?

Lo abrazamos y le damos gracias a Dios por su amor, su perdón, y misericordia hacia nosotros pecadores. Pero cuando aceptamos aquel amor, perdón, y misericordia, aceptamos un reto—un reto que seamos como Dios, que seamos como Jesús. Que digamos con San Pablo, «. . . me esfuerzo en conquistar [esa perfección], porque Cristo Jesús me ha conquistado. . . . me lanzo hacia delante, en busca de la meta y del trofeo al que Dios, por medio de Cristo Jesús, nos llama desde el cielo» (Filipenses 3:12,14).